

Madrid Comico

Director: SILNESIO DELGADO

TACTICA CALLEJERA



—Figúrate que nosotros estamos aquí, en la esquina de la calle de Espoz y Mina, y que los moros avanzan por la Carrera de San Jerónimo. ¿Qué harías tú?

—¿Yo? Meterme á tomar un bocadillo en casa de Lhardy.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un regimiento más, por Juan Pérez Zúñiga.—Cuestión de clases, por Fiacro Yrázoz.—Episodios militares, por Ricardo Monasterio.—La idea, por Manuel Soriano.—La sociedad, por Eduardo de Palacio.—Fantasía, por Sinesio Delgado.—Corrida extraordinaria, por Enrique Jiménez de Quirós.—El saqueo del moro, por José María de Luna.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Táctica callejera.—Actualidades.—Anuncios, por Cilla.



Los seres helicosos esperaban que Martínez Campos llegase á Melilla para que diera principio el derramamiento de sangre; pero se les ha agüado la fiesta. Llegó el general, dispuso que comenzaran las obras del famoso fuerte, y los moros han permanecido en actitud pacífica.

Tales son, hasta la fecha, las noticias que han circulado.

Es posible que ya no haya guerra y que resulten, por consiguiente, infructuosos los versos lanzados contra el infiel marroquí por una poetisa de Ribadavia. Ella los había compuesto para enardecer la sangre del soldado español, insultando de paso á Mahoma; pero de nada le ha servido la inspiración y ahora tiene un disgusto muy grande.

No es ella sola á lamentar lo sucedido. Hay otras varias entidades interesadas en que la guerra continúe, y entre ellas un sujeto que se titula individuo de la Cruz Roja, y anda por ahí luciendo la gorra blanca y despidiéndose para Melilla, adonde no piensa ir. Siempre que salen tropas, acude á la estación, metido entre los soldados, y se coloca en el sitio más visible del andén para que le admire la gente. En cuanto tiene ocasión da un viva sonoro, abraza á dos ó tres soldados, estrecha entre las suyas las manos de los oficiales... y se vuelve á su casa satisfecho.

En la vecindad le creen un héroe; pero no ha hecho en toda su vida más que ponerse la gorra y dar gritos de entusiasmo en cualquier ocasión y con cualquier motivo.

No ha estado nunca en la guerra, ni ése es el camino; en cuanto ve un sabañón se asusta y no serviría ni para ponerle una cataplasma á un amigo; pero en el café hace alarde de su valor y siempre está hablando de los servicios que ha prestado en campaña.

Si va por la calle y ve que un transeunte ha dado un tropezón, echa mano al bolsillo del gabán, saca la gorra blanca, se la pone y acude á levantar al caído, diciéndole:

—No tenga usted cuidado; apóyese en mí: soy de la Cruz Roja.

Pero en cuanto ve que se dan de bofetadas dos conocidos, ó que suena un petardo, ó que la guardia civil saca los chafarotes para dominar á las masas, guarda la gorra en el bolsillo y se mete en un portal huyendo de la quema.

Lo que siente el hombre es que se acabe lo de África, porque va á perder ocasiones de lucirse y ya no tendrá quien le tribute su admiración ni quien le haga preguntas del tenor siguiente:

—¿Cuándo se va usted á Melilla?

—Un día de éstos—contesta él.

—¿Ha estado usted en muchas guerras?

—En once.

—¿Y no le han herido á usted nunca?

—Sí, señor; nueve veces, pero siempre en la parte baja.

—¿De manera que ustedes andan entre las balas?

—¡Ya lo creo! En la guerra del Norte tuve que meterme entre el fuego muchas veces, para recoger los despojos de la tropa. Hoy cogía un brazo, mañana una pierna, al día siguiente una tibia, y así todo lo demás. En casa tengo dos peronés que los guardo como recuerdo.

Hay individuos que pertenecen en efecto á la Cruz Roja y prestan grandes servicios á la patria; pero hay otros que no tienen más que gorra.

* *

Se ha inaugurado el parque de Madrid Moderno.

Madrid Moderno es una población chiquita inmediata á las Ventas del Espíritu Santo, que ha sido construída por unos caballeros particulares y la forman preciosos hoteles con todos los adelantos de la vida moderna.

Para hacer más dulce la existencia de sus moradores, hay un parque titulado *Rusia* que viene á ser algo así como un paraíso pequeño, sin hurles, pero con un lago, un kiosko, unos trineos y un *restaurant*, todo muy bonito y muy bien montado.

El público puede pasear en bote, en trineo ó á pie, según le acomode, y puede hacer el amor, ó comerse una chuleta, ó sentarse á descansar oyendo buena música.

La gente ha dado en concurrir á *Rusia*, y allí lo pasa perfectamente, sobre todo por la tarde, cuando se llena aquello de jóvenes hermosas que van á respirar el aire puro del campo y á inflamar corazones con sus miradas ardientes.

Los pollos tienen ocasión de amar á precios módicos, pues la entrada en el parque cuesta una bagatela. Además, hay el recurso de poder suprimir á las mamás celosas que vigilan á las niñas, y no les permiten libertades de ningún género.

Cuando estorban las mamás, se las coge por abajo y ¡pum!... á la ría con ellas.

En fin, visíten, ustedes Madrid Moderno, y se crearán transportados á un país desconocido y encantador. Á un país donde no hay ministros, ni juguetillos cómicos, de esos que producen melancolía, ni títeres de zarzuela que cantan como los gatos en Enero, ni Cortes, ni discursos, ni felato.

Allí se vive en la gloria, mano á mano con la naturaleza y con Quinto Valverde, dueño de un hotel precioso.

Con decir que es un pueblo donde los músicos tienen hoteles y hay luz eléctrica y teléfono y lagos y muchachas bonitas, está dicho todo.

Decor: si vas á la cervecería y no me encuentras, ya sabes dónde estoy: en Madrid Moderno ó en MADRID CÓMICO, que viene á ser lo mismo.

LUIS TABOADA.

UN REGIMIENTO MÁS

Sabrán ustedes que, como me han encargado que vea con qué elementos contamos en las tablas y en la prensa para luchar en Melilla contra las hordas rifeñas, voy formando un regimiento poco á poco, de primera.

—Por su estatura, á ser cabo de gastadores se presta *Vital Aza* (*Gastadores* hay en el gremio á docenas.)

—Para director ó cabo de la banda de cornetas no hay ninguno más idóneo que el maestro *Cereceda*.

—Banda de música: pienso que músico mayor sea *Caballero*, que es el músico mayor que en Madrid se encuentra.

—Propongo para la plaza de bombo al que lo maneja mejor, *Sanchez Pérez*, todo dulzura y benevolencia.

—Cornetín: *Chapt*. (Presumo que todavía se acuerda.)

Flauta: el maestro *Valverde* (si es que aún se atreve con ella).

—Trompa: un escritor que gasta nariz colorada y gruesa, y cuyo nombre me callo para evitar que se ofenda.

Y clarín: *Leopoldo Alas* (si no le causa molestia tocarse el propio pseudónimo delante de las trincheras).

—Coronel del regimiento: *Don José Echegaray*. (Vean

si su autoridad y á más su perilla blanca y luenga le hacen acreedor al cargo de coronel en la guerra).

—Teniente: un autor de dramas que es más sordo que una percha.

—Capellán: *Emilio Mario*, pues sabe serlo en escena.

(«El señor cura» y el ídem de Longueval lo demuestran.)

—Aparte de esto, me atrevo á indicar estas propuestas:

Para asistente, Criado (sin Cocat). Para corneta de órdenes, *Tomás Salvany*

ó *Estellés*, de éstos cualquiera; y para médico, *Mata*;

su nombre lo recomiendo.

—También será conveniente que concurren á la guerra

Vidart, Cano y Monasterio, para que de ellos aprendan

los demás, ya que los tres son militares de veras;

Rosell, para que los moros al divisarle se mueran

(de risa por de contado); y en las filas, los que muestran

que en el manejo del *sabie* tienen sobrada experiencia,

y los autores silbados, porque no ha de hacerles mella

ni el silbido de las balas ni el rumor de la pelea.

—Y, en fin, si no hay quien acepte la sustanciosa faena

del rancho, nada importa: ¡me brindo á cargar con ella!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CUESTIÓN DE CLASES

Me han dicho esta tarde que doña Tomasa, por *fas* ó por *nefas*, te echó de su casa.

¿Por *fas* ó por *nefas*? (me dije muy serio).

¡Caramba! ¡Esto es grave!

¿Si habrá aquí misterio?

¡No es una vergüenza, querido Vicente, que siendo del todo persona decente,

te arroje de casa ninguna señora del modo tan duro que lo has sido ahora?

La causa de todo saberla he querido, pues soy muy curioso y un poco atrevido, y en cuatro palabras, que estoy enterado, veré si te explico lo que he averiguado.

Se dice que el martes y estando en su casa, porque eres visita de doña Tomasa,

al cabo de un rato de charla amistosa saliste al pasillo por ver á la Rosa,

que es una andalaza que está de doncella, muy fresca, muy joven, muy guapa, muy bella.

Allí (te lo cito como otro detalle) le diste un abrazo, cogiéndola el talle,

y entonces la dueña, que es algo ladina y estaba observando tras una cortina, salió de repente como un basilisco; á gritos y á voces te armaron un cisco, y en medio de insultos y tristes lamentos, te puso en la calle sin más miramientos.

Lo extraño del caso que encuentra la gente no es eso tan sólo, sino lo siguiente.

¿Te acuerdas de Pepe... de Pepe García... de aquel comandante de caballería?...

Pues bueno, ese Pepe fué mucho á la casa viviendo el marido de doña Tomasa,

y estuvo tres meses y medio en amores con una sobrina llamada Dolores; con ésa, tan buena, tan dulce en su trato que siempre parece que no ha roto un plato.

La tal sobrinita, que aún vive con ella, no ha sido tan guapa como es la doncella, pero era del gusto de Pepe García, y allí se pasaba la noche y el día.

Y hablaban á solas, porque él era un pilló de los que les gusta salir al pasillo.

Y entonces estaba la misma cortina; y habría sorpresas, según se adivina; ¡y habrá visto cosas!... ¡y escenas tan buenas, por más que son siempre las mismas escenas!...

¿Y cómo es que entonces la buena señora no quiso enfadarse lo mismo que ahora?

¿Por qué no se puso furiosa con Pepe, soltándole el toro y echándole un trepe?

A ciertas preguntas que la han dirigido ¡no sabes, Vicente, lo que ha respondido?

Pues dijo:—Yo tengo la buena costumbre de ser muy celosa de mi servidumbre, pues siempre, está claro, las pobres criadas están más expuestas á ser engañadas.

¿Pero á mi sobrina? ¡Ni la he vigilado, ni nunca he tenido maldito el cuidado.

¿Si no? ¡Ya lo creo que haría con ella lo mismo, lo mismo... si fuese doncella!

FIACRO YRÁYZOZ.

EPISODIOS MILITARES

LA MUDA DEL SOLDADO

El teniente Mazarrón, oficial de infantería, se hallaba mandando un día la guardia de prevención. Y aunque era un buen oficial, por su conducta severa, entre los soldados era una cosa proverbial que, estando de guardia él, era inútil exigencia ir á pedirle licencia para salir del cuartel á nada en cualquier momento fuera del reglamentario, ya marcado en el horario vigente en el regimiento, porque, á no tener permiso, nadie del cuartel marchaba si antes no justificaba urgencia ó que hacer preciso. Y sucedió que, á pesar de estar Mazarrón, ardía cierto soldado aquel día en deseos de marchar,

y allá en su imaginación causa ó pretexto buscaba para ver si así le daba el permiso Mazarrón, cosa que, á decir verdad, por mucho que discurría, para el soldado ofrecía bastante dificultad; pero, á pesar de esto, él, á fuerza de discurrir y de tanto ir y venir por el patio del cuartel, diciendo: «¿Qué le diré?» el soldado de repente un golpe se dió en la frente y dijo: «¡Ya lo encontré!» Y sin otra dilación, decidido y satisfecho, se fué el soldado derecho al teniente Mazarrón, que recibió la andanada irregular del soldado entre serio y asombrado y con prevención marcada.

—Urgente será sin duda lo que te obliga á pedir permiso para salir.

—Que necesito una muda que tiene la lavandera.

—¿Y ahora mismo te precisa?

—Sí, señor, me corre prisa porque esta noche me espera.

—No veo la precisión.

—Hoy se acaba la semana, entro de guardia mañana y ya no tengo ocasión.

—Si mientes, ¡pobre de tí!

Yo un engaño no tolero. Vete; pero al volver quiero que te presentes á mí.

—Está bien, me haré presente.

¿Tiene usted algo que mandar?

—Que ya te puedes marchar.

—A la orden, mi teniente.

Y, conseguido el empeño, sonriendo se marchó,

y de allí á un rato volvió,

aunque ya no tan risueño, por temor á la patada que del teniente tenía al reparar que volvía al cuartel sin traer nada. No había la menor duda; así es que inmediatamente, hecho una fiera, el teniente le preguntó por la muda.

—¿Dónde está?

—Allí se quedó.

—¿Que no te burlas de mí?

¿Fuistes á buscarla?

—Sí.

—¿Es que estaba sucia?

—No.

—Entonces mientes.

—No miento.

—¡A ver la muda!

—Si era la hija de la lavandera, que es muda de nacimiento.

RICARDO MONASTERIO.

LA IDEA

«¡Á las armas, valientes ciudadanos, que el noble pueblo entre cadenas gime! ¡Guerra á la odiosa ley que nos oprime, y abajo para siempre los tiranos! Esclavos de la idea, luchemos, aunque sea con armas desiguales, hasta que el pueblo generoso vea realizados sus nobles ideales. La lucha será horrible, encarnizada, que es preciso probar que somos bravos, si queremos al fin de la jornada que rompan sus cadenas los esclavos. ¡Guerra al tirano odioso, y á luchar con valor, pueblo animoso!»

Con estentórea voz y ademán fiero así hablaba un tribuno callejero á una turba inconsciente que le oía, que, ansiosa de saciar sus ambiciones, con salvaje alegría se agitaba y rugía al sentir halagadas sus pasiones. Y aquellos desdichados, torpemente engañados con la loca esperanza de llegar á ver pronto realizados sus ardientes deseos de venganza, fueron á la pelea á morir decididos por la idea. Aunque poco aguerridos, lucharon con furor, como leones; pero fueron vencidos por la fuerza brutal de los cañones. Y los que, por su suerte, no encontraron la muerte en la lucha cruel, sañuda y fiera barridos por las cargas enemigas, fueron á descansar de sus fatigas al famoso Peñón de la Gomera, en tanto que el tribuno callejero se marchaba veloz al extranjero.

Lo mejor en las luchas por la idea es que nadie se exponga ni se afane, que espere á que termine la pelea y se vaya después con el que gane.

MANUEL SORIANO.

LA SOCIEDAD

«¡Palabra vaga ó vagabunda, que significa un conjunto de errores y de horrores, injusticias, exigencias... ¡Ah! ¡Ah! Vivir esclavo de la sociedad es el más cruel de los suplicios, para un hombre honrado, laborioso y de buena naturaleza y buena estampa.

El lujo de unos exaspera á los otros.

El capital, el dinero... ¡Todo para él, todo con él, nada gratuito!

¡Infame constitución! (Aquí no se alude á la del Estado.)

¡Siervos (¡ciervos) y señores, y eternamente lo mismo!

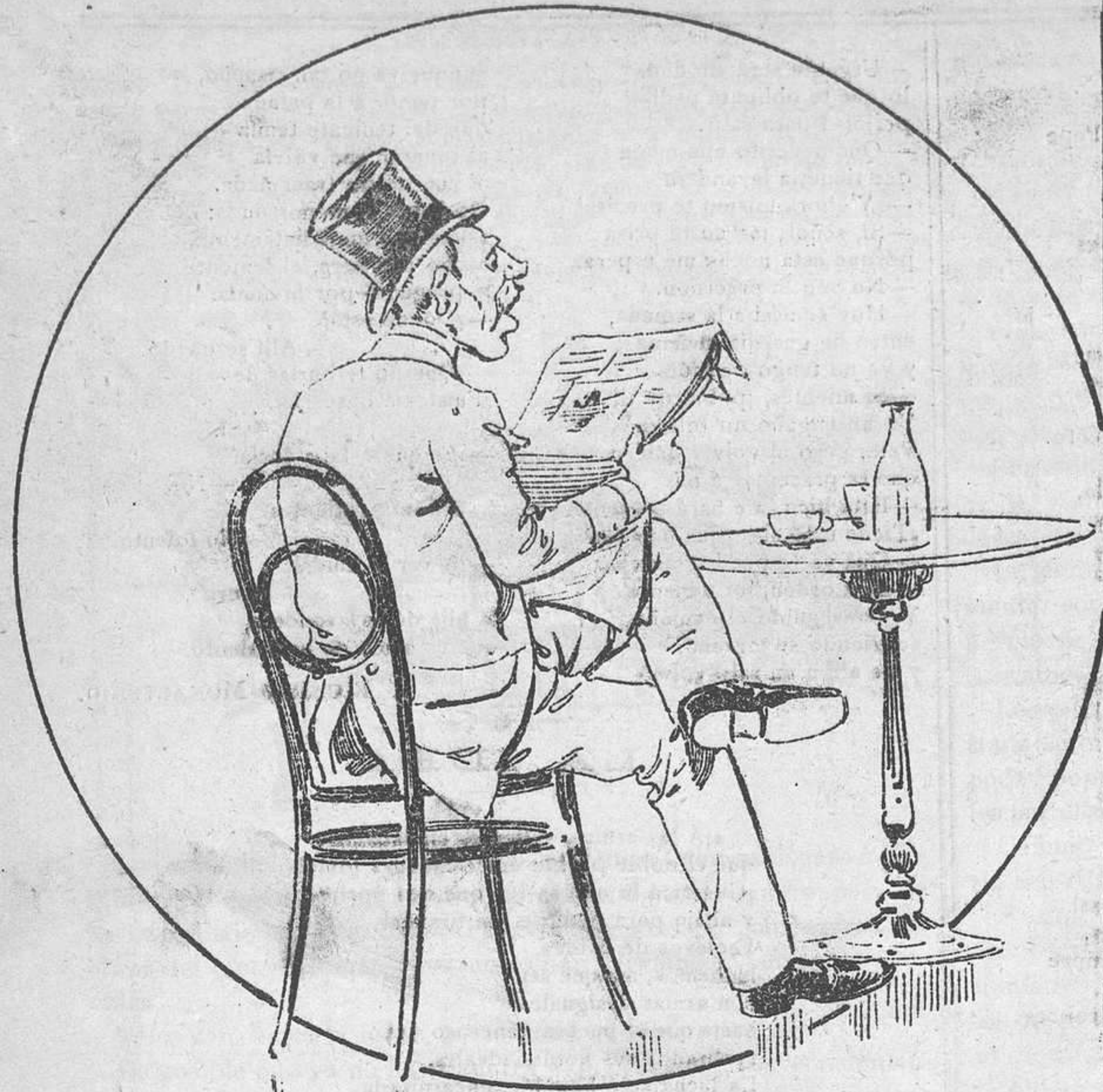
¡Venganza!

Es preciso acabar con lo que quede, después de la ruina total.

El hombre es fiera, y viceversa.

Odiemos al hombre.

ACTUALIDADES



—Otra vez un grabado representando el primer disparo del Venadito! ¡Y van quince!



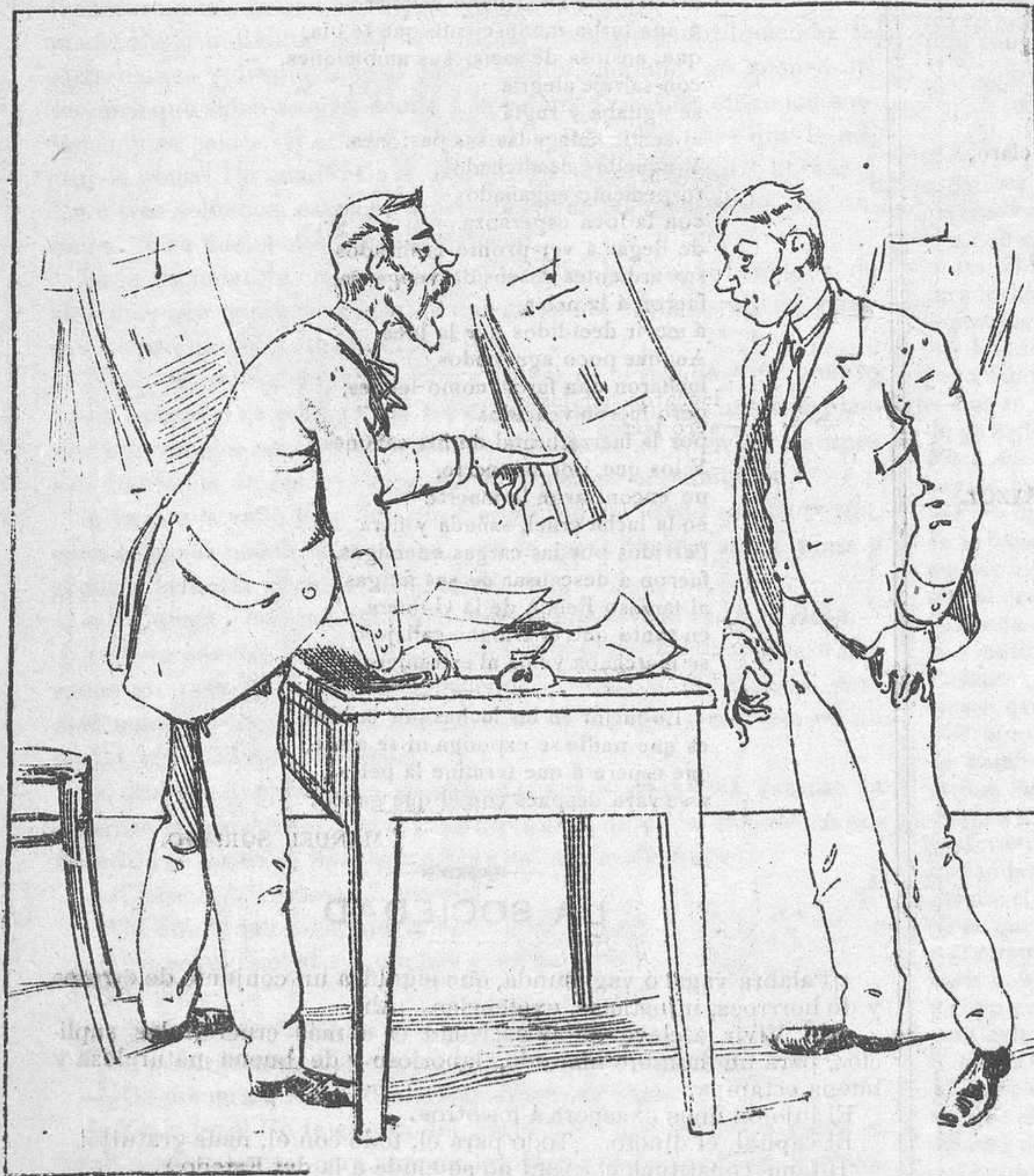
—Vamos á ver, y si no te quedara más que un cartucho y se te echarán encima cuatro moros, ¿qué ibas á hacer?
—Mu sencillo: esperar un poco, y en cuanto se puseran en fila... ¡pum!



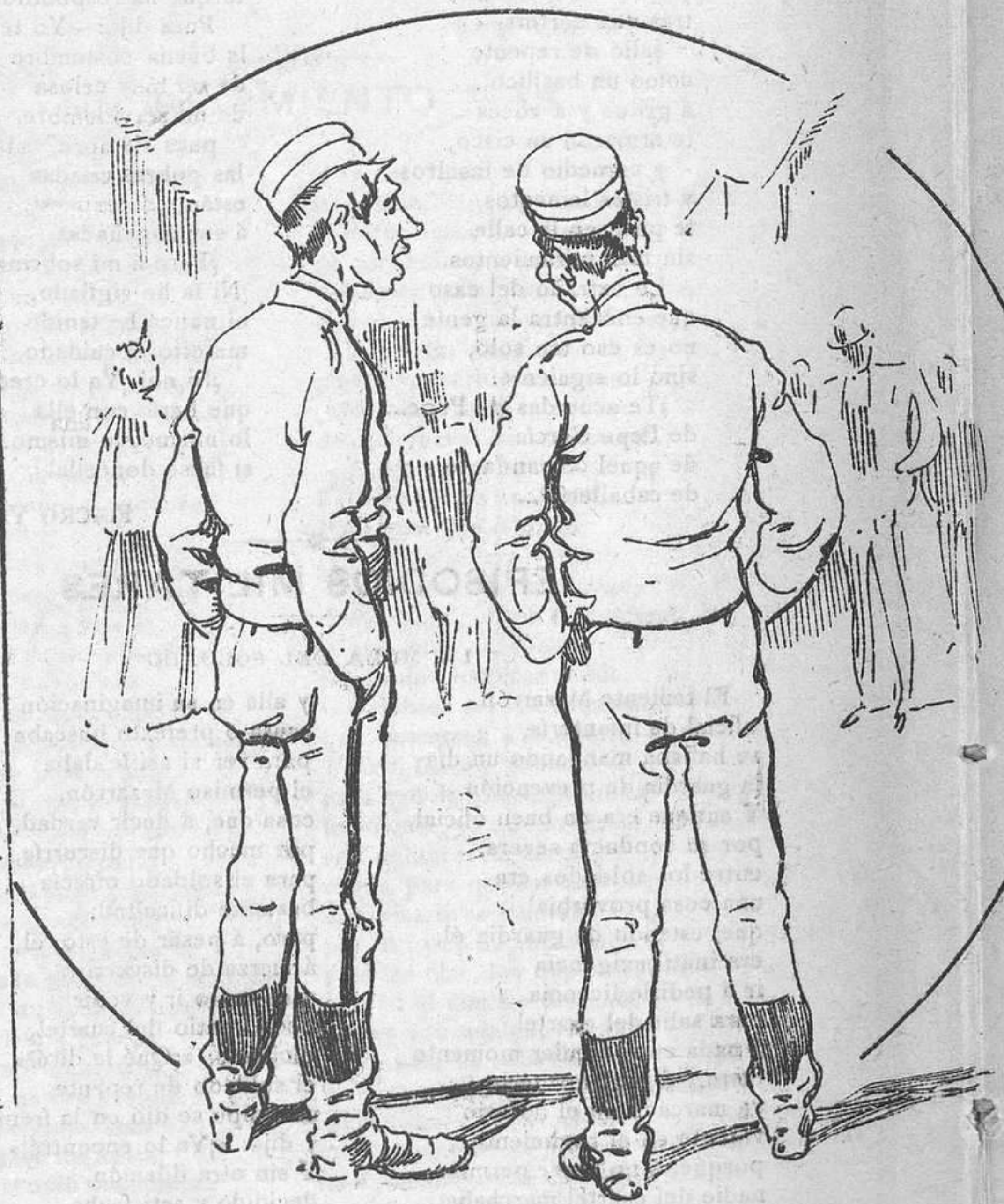
—¿Sabes lo que te digo? Que como te vuelva á ver con Manolo, te suelto cinco bofetadas seguidas.
—¿Cinco? ¡Adiós, Maüßer!



—Vamos, no llores tú por eso, que en cuanto yo llegue á Melilla tomo el Gurugú y salgo en los papeles pa que le des matraca á la cocinera.



—¿Está compuesto el sueldo que publicamos hace mes y medio diciendo que dentro de quince días empezaría el avance de tropas?
—Sí, señor.
—Pues métalo usted en el número de hoy y guárdelo usted para la semana que viene.



—Pues mira, á mí me han aviado con la llamada de las reservas, porque he tenido que separarme de mi mujer.
—¿Sí? Pues doble desgracia es la mía.
—¿Por qué?
—Porque he tenido que separarme de dos mujeres.



Con un trapito blanco clavado en un lanzón, pedimos una prórroga y... azúcar de plión.



—¡Y á ver si vienes de comandante por lo menos!
—¡Qué! Si te parecerá á ti que allí se dan los grados de *guayal*! ¡Ahí tienes al cabo Tres Forcas, que todos los días se distingue, y entera no ha podido salir de cabo.

La mujer es el reclamo de los débiles, el cebo de los imbéciles.
 Aborrezcamos á la mujer.
 Los chiquillos son borradores personales.
 ¡Detestemos á los chiquillos.
 Muera la infancia, como clase social!
 Muera la pubertad!
 Mueran la adolescencia y la edad *barill*!
 Mueran la juventud y el clero y las artes hipócritamente llama-
 das liberales!
 Es preciso acabar con lo existente y con lo que venga.
 No puede vivir la sociedad ni un día más.
 ¿Medios? Todos son buenos para lograr los fines.
 El incendio, el vuelo, el rayo, la violación de las masas burgue-
 sas, todo.

Nadie tiene derecho á la vida, ni á los halagos de la suerte, ni á tener hijos, ni á tener padres, ni á ver la luz, ni á respirar los cantos de las aves, ni á oír el aire puro, y viceversa.

Solamente el hombre verdad, el hombre completamente suelto y desligado de esa sociedad de prestamistas, ramilleteras y haraganés, debe disfrutar las dulzuras de una vida cómoda.

Pero no y mil veces no.

Tampoco ése.

El hombre ha nacido para pelear y morir matando.

¡Nobilísima misión!

La dinamita, la melinita, la carullita...

¡Ah! Vivir y morir en el incendio, á despecho de ese cuerpo de bomberos burgueses, que intenta extinguirle y salvar á las vícti-
 mas, y á los cuales con suma razón municipal no paga el ayunta-
 miento de esta muy noble villa.

El resplandor de las llamas, el estrépito de los edificios que se desploman, los gritos de rabia, de dolor ó de desesperación, de los *dannificados*, que dicen *esos*...

Palabra afeminada y despreciable, muy propia de razas débiles.

La atmósfera enrojecida por el fuego y la tierra por la sangre.

Y ver en las brasas ó entre las llamas agitarse con las convul-
 siones del «periódico agónico» á las personalidades que figuraban
 en el mundo de la farsa, y á las familias que pasaron por distingui-
 das, y á los tiranos y vampiros de la humanidad...

¡Hermoso cuadro!

¿Quién no muere á gusto de esa manera, rodeado de amigos y de
 amigas, en un mar de sangre y seltz? ¡Ah!

La vida en esta miseria, en este envilecimiento, sería insopor-
 table.

¡Saber que hay *lunches* y no disfrutar de ellos, ni de uno siquiera;
 oír que hay palacios y joyas y vinos extranjeros y del reino, y pasar
 treinta años de vida sin probar uno ú otro!

¡Y en las noches de invierno, sin abrigo y á oscuras, contándonos
 que hay luz y salones confortables y comedores incitantes y gaba-
 nes con pieles de poble!

¡Basta ya!

Esos asesinan y roban, y quedan impunes sus crímenes.

Y nosotros...

¡Oh! Entre nosotros, para nuestros jueces y verdugos, la acción
 más inocente es un crimen.

Un hurto por necesidad... una puñalada indispensable... una bom-
 ba benéfica, un incendio, un naufragio, cualquier recurso de estos
 casi infantiles, irritan á nuestros enemigos y nos hacen reos.

¡Basta, basta! Yo quiero un cementerio de muertos bien relleno...

Mañana... empezaré por mi mamá política y literaria, y luego...

Nota. Pues, sin embargo, el individuo que

«así se lamentaba de su suerte»

andaba suelto, como las personas en su sano juicio.

Un día tropezó en un escaparate y... no se supo más de una sor-
 tija.

Le sumieron en una mazmorra, como á un delincuente vulgar.

¡Infames! ¡Verdugos!

¡Atropellar á un hombre autónomo de suyo, incendiario de le-
 vantadas aspiraciones y moreno con ojos azules!

EDUARDO DE PALACIO.

FANTASÍA

Ardió la guerra en la gloria
 durante siglos enteros,
 primero sorda y oculta,
 declarada y viva luego,
 guerra de envidia y soberbia,
 de ambición, de orgullo necio
 que alimentan fácilmente
 contra el grande los pequeños.
 Hubo batalla, y los ángeles
 con sus espadas de fuego
 vencieron al mal espíritu
 y lo arrojaron de entre ellos.
 Luzbel, de todas las bajas
 pasiones símbolo eterno,
 por los siglos de los siglos
 fué desterrado del cielo,
 que ha tenido desde entonces
 paz, bienandanza y sosiego,
 sin el germen de motines
 que llevó consigo el réprobo.

Perseguido en todas partes,
 odiado en todos los tiempos,
 cayó en el profundo abismo
 del universal desprecio.
 Pero es inmortal. Su fuerza
 le acompaña en el destierro
 y avasalladora crece
 sin descanso combatiendo.
 Poco á poco entre los hombres
 cundió el audaz pensamiento
 de arrogarse el absoluto
 dominio del mundo entero;
 y como antes en la gloria,
 surgió en la tierra el empeño
 de igualar otros poderes
 al poder del Ser Supremo.
 Se forzó la inteligencia
 desentrañando misterios,
 muchos secretos del mundo
 dejaron de ser secretos

y, orgulloso en sus conquistas
 el hombre, extendió su imperio
 desde el fondo de las aguas
 al éter del firmamento.
 —Todo es mío, soy el amo
 (pensó), conozco y comprendo
 los enigmas de la vida,
 las leyes del Universo
 y cada vez más resortes
 de la gran máquina tengo.
 Me falta crear, ¿qué importa?
 ¡Ya crearé con el tiempo!
 Y el diablo triunfa; el orgullo

satánico va creciendo,
 porque cree perfecta el alma
 y omnipotente el cerebro.
 ¡Ya aquel ángel derrotado
 por las espadas de fuego,
 más que rey de las tinieblas,
 parece el Dios de los cielos!

.....
 ¿Quién sabe? ¡Acaso él inicia
 los avances del progreso,
 y no viviría el mundo
 sin su batallar perpetuo!

SINESIO DELGADO.

CORRIDA EXTRAORDINARIA

Con sus ojos, retrato fiel de los mares
 en lo verdes, profundos y lo traidores,
 sus mejillas morenas y sus andares,
 y unos labios risueños y tentadores,
 va derramando Juana sal y alegría
 y el aire con su aliento llena de aroma;
 por eso es el encanto, la idolatría
 del barrio de la Virgen de la Paloma.

Y el Niño es un muchacho banderillero
 que de amor está loco por su morena,
 pero este amor tan grande, tan verdadero,
 Juana con sus desdenes se lo envenena.

Una tarde que hablaron, ella le dijo:
 —Olvida estos amores; y el desdichado
 le contestó: —¡Si fueron mi regocijo
 y por ellos mi vida te he consagrado!

Si cuando éramos niños ya te quería,
 ¿cómo voy á llevarme de tus consejos?
 Hoy es tarde, muy tarde, morena mía,
 para que nos volvamos desde tan lejos.

Ya sé, por mi desgracia, que no me quieres,
 aunque ves que te quiero con mi alma entera,
 como quieren los hombres á las mujeres;
 nunca supe decirlo de otra manera.

Mañana por la tarde vé á la corrida
 y verás con el toro jugar al Niño;
 te brindaré una suerte desconocida
 que te pruebe lo grande de mi cariño.

Es un golpe de vista maravilloso
 el que ofrece la plaza llena de gente;
 el público se agita febril y ansioso
 la señal esperando del presidente.

Se ven en los tendidos hémbraz rumbosas
 y muchachos que llevan con bizarría
 sombreros cordobeses, fajas lujosas
 y chaquetas al uso de Andalucía.

Y en los palcos mujeres de ojos traidores
 de esas que dan y quitan penas muy hondas,
 arrogantes luciendo joyas y flores,
 mantillas de madroños, cintas y blondas.

Juana está más hermosa que los claveles
 que á su redondo seno lleva prendidos,
 y el rumor que produce con sus caireles
 despierta la codicia de los sentidos.

Hace una celosía del varillaje
 de su alegre abanico, y á la cabeza
 lleva airosa mantilla de fino encaje
 del color de la espuma de la cerveza.

Un viejo la acompaña que la devora
 con sus pupilas torpes embelesado,
 y ella con su sonrisa fascinadora
 y sus mimos al viejo tiene embobado.

Una música alegre de pronto suena,
 lanza el sol irritado mares de lumbre,
 gallarda la cuadrilla cruza la arena
 y aplaude entusiasmada la muchedumbre.

El Niño va mirando la plaza entera,
 y al contemplar al viejo y á Juana juntos,
 se le pone la cara como la cera
 de las hachas que alumbran á los difuntos.

Estuvo aquella tarde como en su vida
 de valiente, sereno y afortunado,
 y en el último toro de la corrida,
 sin montera y sin capa, desencajado,

clavó el Niño sus ojos en la morena
 con la angustia infinita de sus dolores;
 como al César miraban desde la arena,
 en los circos romanos, los gladiadores.

Y mientras le gritaban desde el tendido:
 —¿Qué vas á hacer, maleta? se fué derecho
 adonde estaba el toro, que, enfurecido,
 una horrenda cornada le dió en el pecho.

La emoción en la plaza fué indescriptible.

y en cambio sonriendo Juana decía
al mirar del cadáver la mueca horrible:
—¡Calla, pues era cierto que me quería!

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIROS

EL SABLAZO DEL MORO

(TRADICIÓN SEVILLANA)

¡O temporal! ¡O mores!
¡Oh tiempos de los mores!

En un delicioso huerto
de los llanos de Tablada
y en la airosa torrecilla
que en el huerto se levanta,
un moro viejo y adusto
con sus hijos se solaza,
mirando correr del Betis
las enrojadas aguas.

A caballo un caballero
por la orilla izquierda baja,
en el pecho una cruz roja
y al brazo una enorme lanza.

Desde que venir le viera
muda está y sobresaltada
la hija menor de aquel moro,
la que ha por nombre Moraima.

—¡Por qué así te pones, mi hija,
como la cera de palida,
y tiembla tu cuerpecito
cual si estuvieras helada?

—Padre y señor—dijo ella,—
perdón tu hija te demanda
por haber dado en su pecho
asilo á pasión nefasta.

Amor es quien me conturba,
amor es el que me abrasa,
amor es quien me atormenta
y amor es el que me mata.

No pregunte más mi padre
si no quiere que se vaya,
como en el viento el suspiro,
en mis respuestas el alma.

Rugió el moro al oír esto
como fiera agarrochada
y dijo:—¡Maldita hija
que así deshonras mi castal!

¡Es acaso aquel cristiano
que por la ribera avanza
el que ha enturbiado mis goces
y el que mancilla mis canas?

Dió la bizarra morita
por respuesta la callada,
y un terrible juramento
echó aquél por su bocaza;
juramento que Mahoma
recogió y llevó á las altas
mansiones del alto cielo,
donde las *huris* se bailan.

—¡Venga—gritó á sus esclavos—
mi guma toledana,
para vengar el ultraje
que á Alá hizo esta muchacha;

enjaezad mi caballo
y subid todas mis armas,
que á matar á un nazareno
voy en singular batalla!

—¡Perdón!—decía la mora,
de rodillas y entre lágrimas.—
¡Perdón! que bien lo merece
la que por amor se arrastra;

si no quieres otorgármelo,
si no lo tiene mi falta,
rompa tu puñal mi pecho,
baña en mi sangre tu espada,

mas no mates al que ha sido
de mis desventuras causa,
porque es de los principales
entre la gente cristiana.

y han de venir sus vasallos
para tomar la venganza,
no dejando ni una piedra
sobre otra en esta casa.

—¡Conque vasallos! ¡Y es rico!—
preguntó el moro con calma,
abriendo los ojos mucho
y con la boca echa aguas.

—Tanto—respondió la hija,
que vió lucir la esperanza—
como el opulento Darro
con sus arenas doradas.

—Que mis esclavos no suban
mi guma toledana,
ni ensillen el alazano;

ni apresten todas mis armas;
pues para vengar la afrenta
que hizo ese perro á mi raza,
con mi *sable* damasquino
me parece que me basta.

—Esto el fiero moro dice
con tanta cólera y rabia
que, más que dichas, parecen
esculpidas sus palabras.

Y yéndose hacia su hija,
como para maltratarla,
le dijo:—Tu digno cómplice
se va acercando á esta casa.

Pues bien, sin que te lo impida
esa pasión malhadada,
cuando yo me hubiere ido
y él llegue á la puerta, baja;
y dírsle que le espero
donde las corrientes aguas
del Guadalquivir fangoso
se unen con las del Guadaira.

Hízolo así la morita,
presa de mortales ansias,
pues no espera desenlace
feliz de aquella batalla;

y al saber el caballero
que un agareno le aguarda
en tal guisa, el acicate
del bruto en el vientre clava.

Llegó al lugar señalado,
que frente á Gelves se halla,
donde le esperaba el moro
con el *sable* puesto en guardia.

Sin decir *oxie* ni *moxie*,
en ristre puso su lanza
el cristiano y hacia el otro
se tiró como una bala.

El moro esquiva los golpes,
escurre el bulto, se agacha,
se incorpora, se ladea,
levántase, corre, salta;

y aprovechando un descuido
del cristiano, se abalanza
hacia él y con el *sapie*
le dió una fiera estocada.

Abrióle tan ancha herida
que, sólo para cerrarla,
tuvo que dar el cristiano
muchos puñados de plata.

Abrióle tan ancha herida
que, sólo para cerrarla,
tuvo que dar el cristiano
muchos puñados de plata.

Abrióle tan ancha herida
que, sólo para cerrarla,
tuvo que dar el cristiano
muchos puñados de plata.

JOSÉ MARIA DE LUNA

CHISMES Y CUENTOS

Vaya, gracias á Dios, estamos haciendo sin dificultades el dichoso fuerte de Sidi-Aguariach. O lo que es lo mismo, como dice un coronel amigo mío, estamos *farrucos* desde el jueves á la una de la tarde.

Véase cómo tenía yo razón al decir en el número pasado que no habíamos atollado, y que el ejército podía volver con honra sin dar una batalla sangrienta.

De lo cual, y de que se acabe eso pronto, debemos felicitarnos sinceramente.

Porque la broma iba siendo pesada.

Leo:

«A veintiséis asci ende hasta ahora el número de generales destinados al ejército de operaciones en Africa.»

Vamos, no se quejarán de nosotros los rifeños.

Les damos mucha más importancia de la que merecen, y les enviamos casi un general para cada uno.

Por supuesto, todos los periódicos han dado la noticia sin hacer comentarios.

¡Para qué?

Ya los harán las naciones extranjeras, si quieren.

Un corresponsal ha teleografiado con toda urgencia lo siguiente:

«Muley-Araaf ha pedido á la plaza azúcar, cañamones, velas y otras golosinas.»

El hecho de llamar golosinas á los cañamones se explicaría suponiendo que había redactado el telegrama un canario, pero eso de las velas...

¡Para quién será golosina la esperma?

Como no les guste á los ratones...

La *Correspondencia* del jueves último publica una interesante carta de Melilla, firmada por un soldado, que viene á decir, en sustancia, exactamente lo mismo que habíamos tenido el honor de indicar en los *Chismes y cuentos* del número anterior.

No es que nos importe un rábano ir contra la corriente, pero siempre es bueno tener al lado alguna que otra opinión autorizada.

Y en estas cuestiones *La Correspondencia* y el MADRID CÓMICO (como quien dice el alfa y la omega) han estado casi siempre de acuerdo.

Lo cual ¡qué diantre! siempre le agrada á uno... cuando se siente omega.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. R.—¿Quiere usted que le diga la verdad desnuda completamente? Pues la cosa me parece un poquito cursi.

Sr. D. J. G. B.—Mediano resulta el romance. ¡Qué se le ha de hacer!

Sr. D. P. P.—Ya se conoce que están escritas en un rato de ocio, porque no deben haber costado mucho trabajo. Ahora, cuando se haga el fuerte de Sidi-Aguariach, puede que sean consonantes *poeta y cabeza*. Pero hasta tanto... ¡*mequaquam!*

Guitarra.—¡Anda, salero! ¡Y qué adelantaba yo con publicarlo? ¡Desacreditarme!

Fray Aldabilla.—¡Ay, ay, ay! ¡Qué mal hecho está eso!

El portero de Eslava.—Va usted á tener que prohibirme la entrada otra vez, porque no puedo publicar ninguno. Esto no quita para que usted mezca algo más que la portería.

El Dante.—Allá va el principio:

«De tu boca un besazo,
de tus ojos su negro,
y pues que yo me alegro
de tu brazo un abrazo.»

¡Esto se llama echar á perder el pseudónimo!

Sr. D. M. R. P.—Poca gracia en el diálogo, y una porción de versos mal medidos. Ambas cosas muy lastimosas de por sí.

Un hortera.—Dios le conserve á usted la ortografía... y los sabañones.

Ecrivant.—Me gusta la idea, pero no me gustan asimismo todos los versos, porque hay algunos muy endeables. Por ejemplo, el que dice:

«Con la languidez propia del anhelo
ni es verso ni es nada.»

Peit-Jean.—Esas cosas, que tiran á humoradas, han de tener algo de miga. Y á usted le han salido demasiado vulgares casi todas.

Gasto corto.—No se puede negar que tiene usted gracia... guasona. ¡Viva Cádiz y la marcha de Cádiz!

Modesto.—Tiene poco *chic* el asunto, y está demasiado diluido además. Tanto se debe evitar pecar por carta de más como pecar por carta de menos.

Sr. D. D. N.—Flojito el romance. *Iban* se escribe con *b*, porque así «ivan» parece un nombre ruso.

Sr. D. A. C.—No puedo publicarla toda. Pero publicaré una pequeña parte. Héla aquí:

«Sin temor en la batalla
nuestros valientes guerreros
pelean con saña y con fueros
contra la infame canalla.
«El Conde de Venadito»
si algún moro se acercaba
con esta frase avisaba:
«Dale muerte á ese morito.»

Con lo cual se prueba que no debe uno dejarse arrastrar por el entusiasmo patriótico.

Leunam.—Ninguno de los tres átomos es publicable.

Sr. D. A. B.—De ese poema en preparación se puede decir, á juzgar por los dos botones de muestra:

¡Virgen del Amor hermoso!
¡Cómo empieza y cómo acaba!

Retrucano.—Eso es verdad, pero á estas horas resulta un poco inoportuno. Porque como casi no hay guerra... (Es decir, puede que la haya cuando esto se publique, pero yo no tengo la menor noticia.)

ANUNCIOS

REFRANES DE INVIERNO



Con una copa de Cognac fino de Moguer, no hay escarcha que temer.
Guinea.—Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.



Con las baldosas especiales— aunque hiele no haya miedo de que te resbales.
Escofet, Fortuny y Compañía.—Alcalá, 18.



Bien vengas, chubasco,—si me coges con un sombrero de Garcia Carrasco.
Carretas, 26.



Dame una cara del Bazar de la Plaza de la Cebada,—y yo me reiré de la helada.
Núm. 1.



Objetos de arte en cerámica medó Dios,— que de los que no saben apreciarlos me libraré yo.
Escofet, Fortuny y Compañía.—Alcalá, 18.



Camisas de franela en el invierno,—dan salud á prueba y vigor eterno.
Martínez.—San Sebastián, 2.



Si bebes agua fría te dolerá la encía, y si curarte quíeres acude á Tirso Pérez.
Mayor, 59.



Teniendo mosaico hidráulico en el pavimento,—aunque bajo el termómetro vivo contento.
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18 (Equitativa).



Con los vinos de la bodega de Medrano el mes de Diciembre parece de verano.
Plaza de Matute, 2.



Con las heladas—se ponen las narices moradas,—y con el Cold-cream virginal—se quitan las escoriaciones de un modo especial.
Farmacia de Torres Muñoz. San Bartolomé, 7, y San Marcos, 11.

**GRANDES DESTILERIAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS**



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES



Los artesanados y florones en los techos,—hacen que no se tome el frío tan á pechos.
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18.



Cuando haya nieve en la calle compra un traje de abrigo de Pesquera,—y para ti como si no la hubiera.
Magdalena, 20.



Díme en qué cama duermes—y te diré el frío que tienes.
Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos por número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, primer derecho
Teléfono núm 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ Á CUATRO